



Misa Crismal 2009

Las lecturas de la Misa Crismal sitúan la acción profética y sacramental de la Iglesia bajo la acción permanente del Espíritu Santo.

La frecuentes referencias de Isaías al Espíritu expresan la convicción de que toda vida procede del aliento de Dios: Dios es quien mantiene y da de nuevo la vida por medio de su Espíritu, cuando todo parece perdido. Así lo promete Isaías: *“Saldrá un renuevo del tronco de Jesé, un vástago florecerá de sus raíces. Sobre él reposará el espíritu del Señor: espíritu de inteligencia y sabiduría, espíritu de consejo y de valor, espíritu de conocimiento y temor del Señor. Lo inspirará el temor del Señor* (Is 11, 1-3). Esta profecía asegura que el Mesías-Rey recibirá del Señor todos los dones necesarios para gobernar con justicia; y el fruto de la justicia será la paz (Is 32, 15-17). De la descendencia de David nacerá un nuevo Adán. La tierra estará llena del conocimiento de Dios y así se instaurará de nuevo la armonía del primer paraíso (Is 11, 4-9).

En el primer poema del siervo del Señor, referido también al Mesías, el profeta escribe: *“Este es mi siervo a quien sostengo, mi elegido en quien me complazco. He puesto sobre él mi espíritu para que traiga la salvación a las naciones... Yo el Señor te llamé..., para abrir los ojos de los ciegos, sacar de la cárcel a los cautivos, y del calabozo a los que habitan las tinieblas”*. (Is 42, 1.6.7).

La vuelta del destierro es para Isaías una nueva restauración. Bajo la guía del espíritu del Señor, el nuevo Israel será luz de las naciones y mediador de la salvación universal de Dios. Por ello, el profeta grita con fuerza a Jerusalén: *“Levántate y brilla, Jerusalén, que llega tu luz; la gloria del Señor, amanece sobre ti. Es verdad que la tierra está cubierta de tinieblas y los pueblos de oscuridad, pero sobre ti amanece el Señor y se manifiesta su gloria. A tu luz caminarán los pueblos”* (Is 60, 1-3).

En este contexto está situado el texto de la primera lectura de hoy: *“El Espíritu del Señor está sobre mí, porque el Señor me ha ungido. Me ha enviado para dar la buena noticia a los que sufren, para vendar los corazones desgarrados, para proclamar la amnistía a los cautivos, y a los prisioneros la libertad, para proclamar el año de gracia del Señor”*.

A todos los afligidos Sión se les anuncia un año de gracia del Señor y se les revela que serán convertidos en pueblo sacerdotal de Dios: serán llamados *“Sacerdotes del Señor”* y reconocidos entre las naciones como *“la estirpe que bendijo el Señor”*. Ellos son los que reciben la promesa de una alianza perpetua, para proclamar con gozo la salvación y la alabanza de Dios ante todos los pueblos.



El Evangelio de Lucas narra que Jesús regresó a Galilea lleno de la fuerza del Espíritu Santo (Lc 4, 14-16), que había bajado sobre él en forma visible en su bautismo (Lc 3,22). En la sinagoga de Nazaret proclamó el comienzo de su misión, refiriendo a sí mismo la profecía de Isaías: *“El Espíritu del Señor está sobre mi, porque él me ha ungido. Me ha enviado para anunciar el Evangelio a los pobres, para anunciar a los cautivos la libertad, y a los ciegos la vista, para dar libertad a los oprimidos, para anunciar el año de gracia del Señor...Hoy se cumple esta Escritura que acabáis de oír”* (Lc 4, 18.19.21).

Lucas, lo mismo que el texto citado de Isaías, presenta la misión para la que es enviado Jesús con los rasgos de la misión de un Mesías profeta. El anuncio de la buena noticia para los pobres, es el don de la vida renovada que trae consigo el año de gracia del Señor. Los signos de este año de gracia son la liberación de toda esclavitud y la curación de la ceguera con la luz de la verdad, que nos hace libres. El año de gracia es todo el tiempo mesiánico, que empieza con la historia de Jesús y terminará con su venida en gloria al fin de los tiempos. La gracia es la salvación que Dios ofrece gratuitamente en Cristo y por Cristo.

Jesús se presenta a sí mismo como lleno del Espíritu, como Ungido; es el Cristo Mesías. Él es el verdadero anunciador del Evangelio a los pobres, que da la vista a los ciegos. Él es el verdadero Siervo de Dios, que viene a cargar con los pecados del pueblo para dar libertad a todos los oprimidos y hacer presente el año de gracia del Señor, para realizar en plenitud la salvación prometida por Dios. Jesús es el Hijo entregado por Dios como gloria de Israel y como Salvador *“presentado ante todos los pueblos”* y *“luz para alumbrar a las naciones”* (Lc 2, 30-32).

Por ello, en el rostro de Cristo deben fijarse con amor orante y contemplativo los ojos de la fe de todos los cristianos para reconocer en él la imagen que nos ha mostrado el Padre de nuestro propio misterio, de nuestra identidad constitutiva como personas, de nuestra naturaleza de hijos de Dios. De él nos viene siempre la luz que abre nuestros ojos ciegos a la verdad reconocida como Buena Nueva en el Evangelio; el nos alcanza como gracia del Señor la libertad de toda opresión.

Meditar la Palabra de Jesús, poniendo la mirada en su costado traspasado en la cruz (cf Jn 19,37), y celebrar cada eucaristía como participación personal en su amor sacrificial, nos hará posible a todos los fieles entregar gozosamente la vida a Dios y a los hermanos, perderla para recobrarla en Cristo (cf Lc 17, 33). El amor de su corazón traspasado se prolonga en cada actualización de la última Cena, para alentar el camino de la Iglesia. En efecto, la Iglesia toda, y quien en ella quiera dar amor a los hermanos, debe a su vez recibirlo como don. El sacerdote de forma especial ha de convertirse en fuente de la que manan ríos de agua viva (cf Jn 7, 37-38). Mas, *“para llegar a ser una fuente así, él mismo ha de beber siempre de nuevo de la primera y originaria fuente que es Jesucristo, de cuyo corazón traspasado brota el amor de Dios (cf Jn 19,34).”* (Deus caritas est, 7).



El texto del Apocalipsis presenta a Jesucristo como el testigo fiel y obediente, *“Aquel que nos amó”*, que lleva a culminación en su cruz y resurrección el amor de Dios a este mundo. Con su sangre ha redimido el pecado del mundo y nos ha reconciliado con Dios; *“nos ha convertido en un reino y hecho sacerdotes de Dios”*. Por ello, todos *“mirarán al que traspasaron”* (Jn 19,37).

La Iglesia del Apocalipsis proclama agradecida su elección gratuita por el Amor de Dios. Y lo hace en medio del mundo y frente a los poderes que la acosan y persiguen. El reino es de Dios y de su testigo fiel, y la Iglesia lo quiere anunciar con cantos y con el testimonio hasta dar la vida.

Jesús de Nazaret, el Hijo amado de Dios, es el comienzo del tiempo de la efusión del espíritu como don mesiánico sobre un pueblo de Dios con vocación universal. La continuidad entre Jesús y la Iglesia está configurada en los escritos de Lucas de forma especial bajo la acción del Espíritu Santo. En los Hechos de los Apóstoles el Espíritu Santo pertenece esencialmente a la Iglesia y está vinculado a sus representantes auténticos; es el principio dinámico del testimonio apostólico de la fe, que lleva a la extensión de la Iglesia a partir del acontecimiento de Pentecostés.

Hoy se cumple en la Iglesia en Salamanca la Escritura que acabamos de oír, porque el Espíritu del Señor está sobre nosotros, nos ha ungido como profetas y nos enviado para ser testigos del Evangelio. Así lo expresa también la oración colecta de hoy al decir: *“por la unción del Espíritu Santo constituiste a tu Hijo Mesías y Señor, y a nosotros mismos, miembros de su Cuerpo, nos haces partícipes de su misma unción.”*

Para que el Pueblo de Dios cumpla su misión profética es necesario que la Palabra de Dios ilumine los ojos y se haga carne en los corazones. Volviendo día a día a las fuentes de la Palabra alcanzaremos el "sublime conocimiento de Cristo" (Ef 3,8), que nos haga testigos de su Misterio.

Los presbíteros nos preguntamos cómo iniciar a nuestras comunidades en este conocimiento sublime de Cristo, habida cuenta de sus distintos y limitados "intereses religiosos". En esta hora de dificultad de la evangelización no debemos aspirar a soluciones rápidas e inmediatas. Todos sabemos que es necesario el trabajo paciente, pero tenaz y lleno de esperanza. Hay que volver a experiencias vivas de escucha, estudio, oración y meditación, con la esperanza y paciencia a la que Dios nos exhorta por medio del profeta Isaías, cuando escribe: *"como el agua empapa la tierra, la fecunda y la hace germinar ...de la misma manera mi Palabra no tornará a mi de vacío, sin que haya logrado el fruto"* (Is 55,10-11).

Una homilía no es el momento de presentar acciones pastorales concretas, pero sí para señalar que pueden ser muchas las que se realicen con la Palabra de Dios: grupos bíblicos de *“lectio divina”*, escuelas de oración, encuentros de sacerdotes para orar en común y preparar la homilía, la oración y el estudio personal, etc. De esta y otras posibles formas debemos ayudar hoy a los jóvenes y la sociedad en general a recuperar



Carlos López Hernández

la memoria perdida de la historia de la salvación. Se trata de iniciar en la memoria del "Misterio escondido de Dios, desde siglos, y ahora desvelado en Cristo, por el Espíritu" (Ef 3,3-5), con la amorosa y paciente pedagogía de Dios, que nos invita a sembrar la Palabra con esperanza, "como el labrador que aguarda paciente el fruto de la tierra" (Snt 5,7)

En la tarea pastoral actual ha adquirido la mayor relevancia la "iniciación a la fe". Y ello requiere que los presbíteros seamos "iniciadores de nuestros hermanos en la fe, siendo nosotros iniciados en el sublime conocimiento de Cristo".

El Concilio Vaticano II nos ha explicitado este aspecto de nuestra vida y ministerio presbiteral. La Constitución sobre la Revelación divina nos recuerda que quienes se dedican al ministerio de la Palabra: "Han de leer y estudiar asiduamente la Escritura para no volverse predicadores vacíos de la Palabra, que no la escuchan por dentro" (DV 25). Y añade que "han de comunicar a los fieles ...las riquezas de la Palabra de Dios ...para que adquieran la ciencia suprema de Jesucristo (Flp 3, 8), pues desconocer la Escritura es desconocer a Cristo " (DV 25). El párrafo acaba exhortando: "recuerden que la lectura de la Sagrada Escritura debe acompañar la oración para que se realice el diálogo de Dios con el hombre, pues a Dios hablamos cuando oramos, a Dios escuchamos cuando leemos sus palabras "(DV 25).

El hombre de hoy necesita este "diálogo con Dios" y con la Iglesia. Y la Iglesia no puede hacer mejor servicio al hombre moderno que introducir la Palabra de Dios en el diálogo con el que los hombres se comunican sus palabras en la historia diaria. Se trata de iluminar la historia humana con la luz del Evangelio. Y para ello es preciso tener ante nuestros ojos el mundo actual, toda la familia humana con la universalidad de las realidades entre las que ésta vive: el mundo creado por el amor del creador, bajo la esclavitud del pecado, pero liberado por Cristo para que llegue según el designio de Dios a su consumación.

Sólo si el Señor nos abre el oído y nos da una lengua de iniciados, podremos tener la fortaleza propia del profeta en el testimonio de la Palabra (cf Is 50, 4-7). Y sólo la luz del Señor nos hará capaces de descubrir cuáles son las riquezas y esperanzas y también las cegueras, esclavitudes y pobrezas que condicionan las circunstancias concretas de la vida de hoy y necesitan acoger el anuncio del Evangelio de la gracia del Señor.

Estamos ocupados en nuestra Diócesis en realizar Unidades Pastorales para una mejor evangelización de nuestra sociedad. Para ello, deseamos revitalizar la espiritualidad del presbiterio diocesano e intensificar la fraternidad sacerdotal, fomentando los equipos y fraternidades apostólicas. Anhelamos que en toda nuestra programación y actividad pastoral se manifieste un mayor impulso misionero. Y pedimos con insistencia al Señor la gracia de promover y cultivar las vocaciones al ministerio sacerdotal y a la vida consagrada, así como al apostolado laical. En todo este camino ¿no será una tarea primordial ponernos todos "bajo la Palabra de Dios"? ¿No es la Palabra, anunciada, acogida y hecha Carne de Cristo en la Eucaristía, la fuente de la fraternidad, del arrojo



misionero, de la necesaria unidad pastoral?. ¿No es la Palabra la que llama, convoca, congrega y envía a nuestras comunidades? Sí, la Palabra que el Espíritu del Señor nos hace comprender, amar, vivir, celebrar y testimoniar.

El Espíritu Santo viene a la Iglesia de forma permanente en la Palabra del Señor y en los sacramentos que nos hacen partícipes de su vida. Así, el Espíritu constituye el alma de la Iglesia, la establece en su más íntima verdad como sacramento universal de salvación y le asiste en su misión. Y el Espíritu es un elemento determinante en cada sacramento, que es memoria de acontecimientos salvadores, signo profético del futuro y presencia actual de gracia. Hay un sacramento cuando el Espíritu Santo, a través de elementos materiales, hace vivir a los hombres aquí y ahora la obra salvadora de Cristo.

El cumplimiento de la Escritura en cada hoy de nuestra historia diocesana se hace realidad para todos los fieles de la forma más plena en la celebración de los sacramentos, y de modo eminente en el sacramento de la Eucaristía. Por ello, en el marco de la celebración de la Eucaristía vamos a bendecir hoy el óleo de los catecúmenos y de los enfermos y consagraremos el crisma, signos sacramentales para los sacramentos de la unción de enfermos, el bautismo, la confirmación y el orden sagrado.

En esta celebración nos hallamos los presbíteros en la fuente de nuestra existencia sacerdotal y ante el campo de ejercicio de nuestro ministerio. Y acogemos como referida a nuestra consagración y misión sacerdotal la palabra de Jesús: *“Hoy se cumple esta Escritura que acabáis de oír”*.

La comunión de amor con Cristo, actualizada día a día en la eucaristía (PO 14) y en la oración personal, nos dará la fortaleza necesaria para la fidelidad gozosa en la misión pastoral, vivida como “officium amoris” (PDV 23) y como libre entrega sacrificial de nosotros mismos, al margen de la mayor o menor eficacia visible de nuestra misión pastoral. La donación total de nosotros mismos por amor nos hará posible el gozo de la pobreza libremente asumida, de la obediencia como forma plena de vivir la libertad, de la castidad como expresión de amor exclusivo y total a Cristo y su Iglesia, y de la disponibilidad para no anteponer nada al servicio a la Iglesia

En la víspera de la conmemoración de la institución de la Eucaristía y del Sacramento del Orden, vamos a renovar las promesas de nuestra ordenación sacerdotal, con la voluntad de unirnos más a Cristo y de configurarnos con él, renunciando a nosotros mismos y reafirmando la promesa de cumplir los deberes que, por amor a Cristo, aceptamos gozosos el día de nuestra ordenación.

Catedral Vieja, 8 de abril de 2009